

## LA IMPETRACIÓN A DIOS DE LA LLUVIA Y LA SACRALIZACIÓN DE LAS AGUAS, EN LA ETNOLOGÍA REGIONAL MURCIANA

**E**N la región de Murcia ha sido costumbre inmemorial de sus gentes impetrar a Dios periódicamente el envío de la lluvia, elemento indispensable para que los frutos de la tierra germinen, maduren y puedan ser recolectados. El clima mediterráneo (enmarcado entre los templados), tiene como característica, entre otras, la carencia casi total de lluvias durante el invierno y el verano, por culpa de la ubicación habitual del anticiclón de las Azores que impide el acceso a la España Meridional de las borrascas atlánticas. Cuando llueve suele ser en primavera y otoño, haciéndolo a veces con carácter torrencial, por lo que el agua del cielo es, en estas tierras, tan deseada como temida.

Tradicionalmente, cuando las lluvias de primavera, sobre todo, tardaban en llegar, era costumbre de nuestros antepasados realizar diversas prácticas religiosas para pedir a Dios la caída del agua necesaria para que las tierras, sedientas tras los largos meses de invierno, adquirieran la humedad suficiente para su adecuado rendimiento, base inveterada de nuestra economía. Las prácticas más frecuentes, aún en la memoria de muchos, han sido las «rogativas», en el transcurso de las cuales solía sacarse en procesión penitencial una imagen de especial devoción popular, seguida de otros actos oracionales en el interior de los templos. Las últimas «rogativas» se hicieron en la zona meridional hispana a la primavera de 1991, sacando en procesión de la «Virgen de los Reyes», en Sevilla, y a patronas y patronos de muchos otros lugares. En Murcia era frecuente «bajar» a la «Virgen de la Fuensanta»<sup>1</sup>, vestida

de morado, fuera de sus visitas tradicionales a la Catedral (en marzo y septiembre), o coincidiendo con aquellas. Cada lugar de la región murciana tiene su ejemplo particular al respecto.

Sin embargo, la «rogativa» no ha sido sino la última de una serie de prácticas rituales, habituales en la impetración a la Divinidad de las aguas vivificadores de la tierra. De otras acciones apenas si quedan vestigios, pudiéndoselas considerar como arqueológicas. Se trata de aquellas que las sociedades primitivas heredaron de culturas y religiones paganas, e íntimamente relacionadas con la *magia homeopática* o *imitativa*, posteriormente cristianizada. Me refiero a los *asperges* de la tierra con aguas bendecidas y al *baño* de cruces en las aguas de lugares carismáticos de pueblos y ciudades.

Según Frazer<sup>2</sup>, en las sociedades primitivas de Australia Central y algunas zonas de África Oriental y meridional existía con frecuencia una clase especial de magos que tenían ciertos poderes para regular el abastecimiento del agua celestial. Se trata del «hacedor de lluvias», quien solía cumplir con los deberes de su cargo a base de prácticas cimentadas en las reglas de la ya citada *magia imitativa*. Si deseaban hacer que lloviera lo imitaban salpicando agua o remedando las nubes. Si su objeto era parar la lluvia y producir sequía, evitaban el agua y recurrían al calor y al fuego con el designio de enjugar la humedad demasiado abundante. Tales intentos, sigue afirmando Frazer, no estaban confinados a los desnudos habitantes de países tórridos, sino que se usaron

1 A pesar, en los últimos tiempos, del escepticismo con que el obispo Ramón Sanahuja y Marcé aceptaba esta práctica.

2 Frazer, James George. *La Rama Dorada*. Madrid, Fondo de Cultura Económico. Edición de 1981.



*Baño de la Cruz, en Caravaca.*

y se siguen usando con bastante frecuencia entre los pueblos aparentemente civilizados, en los climas de la Europa húmeda. En ciertos lugares de Rusia, cuando se hace esperar mucho la lluvia tres hombres gatean a lo alto de un abeto del bosque. uno golpea con un martillo sobre un caldero, para imitar el trueno; el segundo entrechoca dos hachones encendidos para que vuelen las chispas, imitando el relámpago, y el tercero, llamado «hacedor de lluvia», con un puñado de ramillas asperja agua de una vasija en todas direcciones. En Gilolo, isla del oeste de Nueva Guinea, un brujo hace llover sumergiendo una rama de árbol especial en el agua y después esparciendo la humedad de la goteante rama sobre el suelo. Podríamos relatar múltiples actos de esta naturaleza donde se combinan religión y magia, pues mientras el asperjamiento del agua por medio de las ramas, o la inmersión de un objeto en aquella, son ceremonias puramente mágicas, el implorar la lluvia por par-

te de los presentes, uniéndose espiritualmente el brujo, es un rito religioso.

Podríamos pensar que este tipo de prácticas mágicas sólo tienen lugar en sitios lejanos a nosotros. Sin embargo, en la cristiana Europa se recurrió a métodos similares en tiempos relativamente cercanos, como los usados en Sicilia en abril de 1893 en que, tras muchos meses sin llover, muchos santos fueron «desterrados» y una imagen de S. José fue arrojada a una huerta, en Palermo, para que viese por sí mismo el estado de las cosas, jurando los campesinos dejarle allí, abandonado al sol, hasta que lloviese. En 1943 el diario americano «St. Louis Post Dispatch» recogía en un número del mes de febrero la ejecución de la ceremonia de arrojar al agua en Battery Park (Nueva York) una cruz que recogía un feligrés griego del arzobispo Arseniés de la St. Nicholas Hellenic Orthodox Church.

Sin duda alguna, ante similares necesidades los grupos sociales responden de ma-

nera parecida por muy lejos que unos se encuentren de otros; y no es preciso el contacto de ambos para que las prácticas o costumbres estén relacionadas entre sí. Dicho de otro modo: no es preciso que grupos de gentes hispanas procedentes de culturas primitivas, aprendieran ciertas prácticas que luego importaran a estas tierras, sino que ante la necesidad del agua para fertilizar el campo, allí y aquí se ha reaccionado de la misma manera a lo largo de la Historia. Con el paso del tiempo estas conductas se han modificado y la religión católica ha cristianizado ciertos ritos conservando el continente aunque no el contenido, al que se le ha dotado de una gran carga espiritual.

En la región murciana quedan importantes manifestaciones religiosas que podrían ser herencia cristianizada de antiguas prácticas mágicas que la Iglesia Católica se encargó de dotar de contenido trascendente. Me refiero a los «*asperges*» que el 25 de abril (fiesta del evangelista San Marcos), se llevan a cabo aún en Aledo, Alguazas y Bullas, y los «*baños de cruces*» que en los primeros días de mayo tienen lugar en Caravaca, Abanilla, Alguazas, Archena y Ulea.

En cuanto a los «*asperges*» (o rocío de las tierras con agua bendita), se enmarcan dentro del ritual canónico católico de la bendición de personas, cosas y lugares. El origen del acto de rociar el campo, siempre sediento en esas fechas y en estas latitudes, puede ser de origen pagano, aunque su significado religioso sea otro. Aledo celebra el 25 de abril la «Fiesta de los Jilillos», en cuyo desarrollo se enmarca el «*asperges*». El acto de Alguazas fue narrado gentilmente por un antiguo párroco de la localidad, el Rvdo. D. Antonio Meseguer Montoya, quien siguiendo una antigua tradición lo celebró y ofició durante su estancia en el antiguo «Señorío», sin interrupción temporal alguna.

El de Bullas lo narraba la prensa regional en 1991<sup>3</sup>. En cualquier caso el acto tiene lugar en un altozano natural desde el que se divisan los cuatro puntos cardinales de la huerta y el campo. El sacerdote ha llegado hasta allí seguido de gran cantidad de gente. Una vez todos en el lugar (siempre el mismo), se rezan las oraciones preceptivas, se bendice el horizonte y se *rocía*, simbólicamente, con el hisopo del que surge el agua que desde la iglesia se transportó en un acetre más o menos artístico. Concluido el sencillo y breve acto, se regresa a la población o se diluye el gentío a comer en el campo.

En cuanto a los «*baños de cruces*» hay que distinguir los que se realizan con cruces de flores, de los que tienen lugar con un «Lignum Crucis». En Archena era costumbre, hasta hace pocos años, el realizar una gran cruz de flores en los primeros días de mayo, que era llevada a la iglesia de S. Juan Bautista para su bendición. Concluida ésta se organizaba una procesión, presidida por el clero local, en que se trasladaba la cruz bendecida hasta el río Segura, a cuyas aguas se arrojaba a la vez que multitud de ramos de flores que venían a ser ofrendas particulares. En Alguazas, el acto se verificaba el tres de mayo (festividad litúrgica de la Invencción de la Sta. Cruz), a primeras horas de la mañana. Una nutrida procesión partía de la mudejar iglesia parroquial de San Onofre acompañando al trono que portaba una cruz de madera cubierta toda ella de flores y cintas de colores. El cortejo se dirigía a la «Acequia de Alguazas» y paraje del «Molino», donde el sacerdote tomaba la cruz del trono y la introducía en las aguas, momento en que los vecinos aplaudían, se

3 Puerta, Juan Ángel. *La bendición de los campos, el día de San Marcos, en Bullas*. En «Diario 16», Murcia, 26 de abril de 1991.



echaban agua de la acequia unos a otros y gritaban vivas de entusiasmo. Concluido el *baño de la cruz* ésta era de nuevo colocada en su trono, regresando la procesión a la parroquia donde se cantaba Misa Mayor.

De la organización del acto se encargaba la cofradía de Nuestro Padre Jesús, una de las punteras de la Semana Santa Alguaceña.

En Ulea, cada tres de mayo, se «baña» o introduce en un pequeño templete de factura moderna, el pie de la custodia donde se venera el «Lignum Crucis». En Abanilla, también el tres de mayo es bañada la reliquia del «Lignum Crucis» que tiene la localidad por patrona, a los pies de la ermita de Mahoya, en la acequia donde según la tradición, se apareció. La multitud se agolpa en esos momentos bajo los chorrillos de agua que brotan de los surtidos por donde surge el líquido elemento que ha estado en contacto con la Reliquia, intentando obeter algunas gotas del mismo.

Finalmente, en Caravaca de la Cruz, el rito del «Baño» está documentado desde 1384<sup>4</sup>, y tiene lugar durante el solemne crepúsculo del tres de mayo. En procesión que recorre un itinerario idéntico al que se efectuaba en época medieval, se conduce la Reliquia de la Vera Cruz, en carroza de plata, hasta el «Templete» o «Capilla del Bañadero», edificado en el S. XVIII sobre el lugar donde se bifurcan las aguas que, procedentes de las «Fuentes del Marqués», riegan la huerta caravaqueña. El sacerdote introduce el pie del relicario en diversos puntos de la acequia, momento en que el gentío se dis-

puta hasta las últimas gotas de agua, que se conservan durante todo el año. Hasta hace poco tiempo era frecuente que en el momento de la inmersión de la Reliquia se arrojasen a las aguas enfermos y tullidos. De esta inveterada costumbre se han hecho eco todos los historiadores locales desde el S. XVII a nuestros días, así como otros de nombradía nacional como Pascual Madoz, en su célebre «Diccionario Geográfico...» de 1846; Rodrigo Amador de los Ríos, en 1889, y Julio Caro Barroja, en 1979.

En todos los casos, el baño o inmersión de cruces en las aguas que vivificarán las tierras en momentos clave para la cosecha estival, busca la sacralización de esas aguas como patente de la bendición de Dios sobre aquellas, que constituyen el futuro de la alimentación anual de la población.

Lo que en origen pudo ser una forma pagana de rogativa en demanda del agua celeste, se convirtió posteriormente y por expreso deseo de la Iglesia Católica, que cristianizó el primitivo ritual mágico, en una bendición de las aguas ya existentes sobre la tierra y a punto de ser empleadas, para que éstas no sólo aportaran la humedad necesaria para el crecimiento y maduración de los frutos, sino que también protegieran aquellos contra las calamidades naturales que podrían arruinar sus campos, y con ellos sus vidas.

*José Antonio Melgares Guerrero*  
Académico C. de las Reales Academias  
de la Historia y Alfonso X el Sabio.

4 Robles Corbalán, Juan de. *Historia del misterioso Aparecimiento de la Stma. Cruz de Caravaca*. Madrid, 1614, y otros historiadores caravaqueños.